

“Nosotros que poseemos las primicias del Espíritu” (Rom 8,23)

Con estas páginas queremos presentar el resultado del recorrido teológico que ha tenido lugar en los últimos meses. La consagración secular es una vocación que tiene sus raíces teológicas en el bautismo: de hecho, es la consagración bautismal la que abre a la vida de Dios como comunión.

El 2 de febrero de 2022 se cumplirá el 75º aniversario de *Provida Mater Ecclesia*, que dio vida a los institutos seculares (femeninos, masculinos y sacerdotales), otorgándoles plena legitimidad, y abrió nuevas perspectivas a esta forma vocacional de consagración "en el siglo", experimentada desde hace tiempo en el seno de las Asociaciones o de las llamadas Sodalidades apostólico-espirituales.

Todos los Papas han mostrado una estima pública por los institutos seculares hasta hoy.

SE TRATA AHORA de dar un dinamismo nuevo a esta vocación en la iglesia de hoy y de mañana. Tenemos un gran patrimonio de historia, de experiencia, de testimonios escritos. Todo esto debe ponerse al servicio de las necesidades del mundo que vive varios desafíos espirituales en los diversos contextos socioculturales en los que se encuentran los miembros de los Institutos Seculares (IS)

Aquí resumimos algunos acentos teológicos sobre la SECULARIDAD que reconocemos como específicos y comunes a todos los IS.

Primer punto: la secularidad sigue siendo “la razón de ser” de los Institutos Seculares (*Motu Proprio Primo Feliciter* párrafo 5).

Así, la secularidad expresa tanto nuestra "identidad" (como bautizados llamados) como nuestra "misión" (como consagrados mandatos).

La secularidad indica un carisma específico dentro de la complejidad de dones que edifican la iglesia de siempre, pero que ha sido reconocido, solo desde hace no mucho por el Magisterio, como particularmente actual.

Identidad, misión, carisma específico, actualidad: alrededor de estas cuatro palabras hay que describir la profecía que anticipa y prefigura el reino de Dios.

Segundo punto: la necesaria actualización de la formulación del contenido teológico.

Papa Francisco, compartiendo el pensamiento de Pablo VI, nos recordó lo siguiente: “Vuestro estar en el mundo no es simplemente una condición sociológica, sino una

realidad teologal que os llama a un ser consciente y atento que sabe percibir, ver y tocar la carne de nuestros hermanos”.

Queremos ahondar en el sentido de presencia en el mundo como realidad teologal.

Todos nacemos y vivimos en el mundo. Estar en el mundo es la condición común.

Esta condición no tiene ninguna “alternativa”. Uno permanece en el mundo incluso cuando huye del mundo. Desde este punto de vista, la secularidad es la condición humana.

La secularidad para los institutos seculares no indica la condición del hombre que nace en el mundo, sino la condición de quien habita este mundo “como hijo de Dios” y que considera este mundo como un don que debe ser transfigurado. La persona consagrada en un IS es un ciudadano de este mundo que, desde el bautismo y la consagración, ha recibido como herencia la misión de ejercer la creatividad propia del Espíritu Santo, “Señor que da la vida”, mientras permanece en el mundo.

Es posible estar en el mundo como una nueva criatura, y esto significa con una nueva forma de vida. Un miembro de un Instituto Secular vive esta novedad en el compromiso con los consejos evangélicos de pobreza, obediencia y castidad que lo convierten en un desafío vivo para sus hermanos en la humanidad.

En este sentido, la consagración continúa el movimiento de la encarnación del Señor. La historia de los institutos seculares está llena de testimonios de cómo un miembro de un IS ha sabido asumir una profesión particularmente delicada y ha revelado su potencial al servicio del Reino de Dios, aportando bien y dignidad. O ha sido capaz de vivir en condiciones de oposición a la fe, inspirando benevolencia y estima hacia los cristianos. Las estructuras y normas en las que viven los miembros de un IS son las del “mundo”. ¡Estas deben convertirse en un lugar de salvación y transformarse en oportunidades para la novedad del Reino!

Entonces, la condición de todos (la muerte) puede transformarse en el cumplimiento de un camino de luz (la entrada en la vida eterna).

La secularidad es un carisma espiritual si el consagrado sabe ser obediente a las leyes del Templo (como Jesús cuando es presentado para la circuncisión) y sabe ser libre del Templo (como Jesús que revela la inconsistencia del mismo si no se adora a Dios en el hermano). Concretamente esto quiere decir que la secularidad hace posible que un miembro de un IS sea obediente al mundo en el que vive (en el sentido de que no se distingue de los demás) y al mismo tiempo puede sentirse libre de la dinámica de la muerte del mundo en el que vive (se distingue como consagrado).

Tercer punto: los retos que contiene el nombre “Institutos Seculares”.

Institutos: el instituto, por definición, se basa en normas compartidas. Sin embargo, la especificidad de nuestro carisma es la naturaleza creativa de nuestra presencia según las condiciones en las que cada uno vive.

Un miembro de un IS puede vivir solo o formar parte de un “grupo de vida fraterna” (Código de Derecho Canónico 714), pero siempre es testigo de la comunión trinitaria en la comunión fraterna (cf. encíclica *Fratelli Tutti*).

A causa de nuestra consagración hemos sido asimilados más con los religiosos, mientras que la “laicidad” sana ha sido nuestra profecía al principio. Nuestro carisma es ser cristianos laicos consagrados. ¡La secularidad consagrada no puede confundirse con el secularismo!

Seculares: Sin embargo, la secularidad es difícil de entender y de vivir. Un miembro de un IS, para muchos, sigue siendo un “no religioso”.

Emilio Tresalti (Instituto Secular “Cristo Re”), recientemente fallecido y cuyo luminoso e incisivo testimonio podemos recordar, insistía en que de la comprensión de la dimensión secular depende la credibilidad misma de la vocación a ser miembro de un Instituto Secular. “No ser religioso”: ¡éste no puede ser, hoy, el sentido de la vocación a la secularidad!

¿Secularidad para hoy?

Queremos seguir dos pistas teológicas: la presencia en el mundo y la transfiguración del mundo.

1) La secularidad y la laicidad son una forma de estar presente en la iglesia, una forma de estar en el mundo como semilla y levadura. Hay que dar un nuevo paso. Originalmente elegimos salir de las sacristías para hacer presente a Jesús en el mundo. Hoy el movimiento de salida debe complementarse con el compromiso de hacer presente al mundo en la Iglesia de Cristo. Muchas cuestiones existenciales

llegaron tarde a los escritorios de los obispos. Nos adelantamos en muchos cambios. Pero nuestra experiencia no ha enriquecido suficientemente la Iglesia. El movimiento profético que nos interpela hoy es el paso siguiente al que nos ha visto nacer. Esto no significa volver a la sacristía, sino ser "antenas" ¡que transmiten mensajes! Recordamos las palabras que nos dijo el Papa Francisco el 10 de mayo de 2014. "Sois como antenas dispuestas a captar los gérmenes de la novedad suscitada por el Espíritu Santo, y podéis ayudar a la comunidad eclesial a asumir esta mirada del bien y a encontrar formas nuevas y valientes de llegar a todos." La consagración secular como cualidad de presencia podría significar ser ojos que ven lejos, para caminar con los que ya no saben en qué dirección ir. Ojos e inteligencia para leer con los que no saben leer los signos de los tiempos, los movimientos de la historia.

Para nosotros se hace fundamental hacer un esfuerzo de lectura seria y profunda de la realidad para interceptar sus necesidades y redescubrir "la buena costumbre de leer las necesidades del tiempo para realizar un continuo discernimiento histórico y comunitario y, a través de ello, dejarnos urgir a buscar caminos adecuados para vivir nuestro carisma hoy.

2) La actualización del carisma debe adaptarse a las necesidades de los tiempos.

Por lo tanto, es necesario reflexionar seriamente sobre la actualidad de nuestra presencia hoy y preguntarnos si sigue siendo una forma "significativa" de vivir el Evangelio.

La encíclica "*Fratelli tutti*" dejó claro que el desastre social y ecológico en el que se encuentra el mundo actual (capítulo I) es también el resultado de una forma equivocada de vivir la religiosidad (capítulo II). En el capítulo II, el Papa Francisco indica al samaritano como la figura de quien considera al otro (el herido) como la prioridad absoluta de su vida. No es el mundo (la maldad de los ladrones) sino la religión que se abstrae del hermano, es lo que denuncia Jesús en esta parábola.

Recordemos a propósito, con respecto a la transmisión del carisma del SI, ¡que no es estudiando y profundizando en los textos fundacionales que se encuentran impulsos y vocaciones! No. El carisma se transmite de persona a persona lo que revela su relación con Cristo.

El carisma es una semilla y, como tal, tiene el mismo destino que la levadura: está oculto. Pero tiene su propia visibilidad. Se puede ver, en su momento, no en la semilla sino en el fruto maduro, se ve la levadura en la masa del pan que es "apetecible" porque tiene fragancia y sabor.

Secularidad consagrada no significa ausencia de cualquier expresión confesional: significa epifanía (manifestación) de la belleza que habita en el corazón. Significa revelación. No apología (discurso contra los que no creen para convencerlos de que crean). La apología divide. La belleza atrae y une como el amor.

Hay que redescubrir esta lógica de la secularidad consagrada: ser un fermento de verdad, de bondad y de belleza, de comunión de vida que vence el virus del individualismo (*cf.* Fratelli Tutti). Ya no se trata de subrayar el tema del escondimiento, sino de profundizar en el hecho de que la persona consagrada es presencia de Dios en el mundo.

Sobre el mundo que Dios creó y ama, el Espíritu Santo desciende siempre y, como en los sacramentos, a través de la oración y la presencia de los cristianos, la creación puede convertirse en expresión de comunión entre los hombres (y no en principio de guerra).

La visión cristiana de la persona humana explicita tres novedades con respecto al mundo: a) la persona humana no nace en el mundo como si el mundo fuera el único horizonte de su identidad (por el bautismo, somos hijos de Dios Padre); b) la persona humana no se realiza en el límite de un tiempo que es el del individuo (la persona está constituida por la relación); c) la persona es partícipe de una historia que es la del cuerpo de Cristo (la historia de la Iglesia como comunión de los santos).

Se está en el mundo para dar testimonio de que el mundo es bendecido y amado por Dios y se es consagrado para que la creación se beneficie de la “manifestación de los hijos de Dios”, como dice San Pablo en la Carta a los Romanos (capítulo 8): “La humanidad aguarda expectante a que se revelen los hijos de Dios” (v. 19), “para obtener la libertad gloriosa de los hijos de Dios” (v. 22). Y con ella, “también nosotros, que poseemos las primicias del Espíritu” (v. 23).

N.d.T. Biblia. La Biblia de Nuestro Pueblo. Luis Alonso Schokel – Biblia del Peregrino